

més. ¡Lástima que no hayamos podido hacer la ensalada de pollo!

MANUELA.—¿Por qué?

VICKY.—La criada, esa metiche, no podía permitirlo.

MANUELA.—¿Qué no podía permitir? (TITINA se muestra muy nerviosa.)

VICKY.—Sólo pudimos picar un muslo del pavo.

MANUELA.—¡Ay, esto es demasiado!... Voy a dormir una siesta. (Se toma la cabeza y se va a su recámara.)

TITINA.—(Curioseando los paquetes.) ¿Cuál es mi regalo, papá?

DON JOSÉ.—Es sorpresa, no vayan a revolver los regalos.

TITINA.—¡Ay, papi, dime! (DON JOSÉ sale tras su mujer.)

VICKY.—Qué, ¿no te piensas arreglar? Son las siete.

TITINA.—Tienes razón, voy por mis cosas. (Va a su habitación.)

ESCENA IV

VICKY, JUANITO y TITINA. JUANITO hace correr un coche por la escena produciendo un ruido estruendoso.

VICKY.—¿Qué haces, niño?

JUANITO.—Nada que le importe, señora.

VICKY.—¡Cómo está el mundo!

TITINA.—(Viene trayendo en las manos barniz, tubo de labios, etc.) ¡Mira!

VICKY.—Qué vaciada, güera.

JUANITO.—¿Güera? ¡Ja, ja!...

VICKY.—Yo a mis amigas que quiero, las llamo güeras.

JUANITO.—¡Si de que hay gente loca!...

VICKY.—¡Qué niño más latoso!

TITINA.—¡Uh! (*Se pinta las uñas.*)

VICKY.—Te haré un peinado precioso, algo divino; te voy a dejar que vas a pegar con tubo. Siéntate. (*Agarra el peine y la empieza a peinar.*)

TITINA.—Oye, ¿no crees que le echaste mucha sal al entremés?

VICKY.—Eso no importa, al fin hicimos ponche con bastante granadina.

TITINA.—Ah, pues es verdad.

JUANITO.—¡Rrrrr! (*Juega con el coche.*)

VICKY.—¡Ay, cállate! ¡Me molesta, niño!

JUANITO.—Mira, nunca me he despeinado changas, pero hoy me desgreno una. (*Se le avienta encima, le jala los pelos y sale corriendo.*)

VICKY.—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Qué niño más plebe!

TITINA.—¡Qué niño más molesto!

VICKY.—Es un niño babas. ¡Pobre loco!

TITINA.—¿Crees que así están bien mis uñas?

VICKY.—Pues lo que es el pelo, no. Tú que estás flaca, te queda la cola de caballo; así te verías más grande e inteligente.

TITINA.—Pues mi mamá dice que parezco yegua, que eso sólo les queda a las niñas gordas como tú.

VICKY.—(*Mordiéndose la lengua.*) ¿Eso ha dicho?

TITINA.—¡Sí! ¿Qué te parecen mis uñas?

VICKY.—¿A ver? ¡Mmmmm!, están bien. Oye, ¿no tienes perfume?

TITINA.—No.

VICKY.—(*Va hacia los regalos.*) Aquí hay uno. (*Lo toma y lo desenvuelve.*)

TITINA.—Pero se van a enojar.

VICKY.—¡Ay, sólo es un poco para tu pelo! (*Le echa un sifonazo.*) Ay, no sale bastante. (*Le quita el tapón y se lo vacía todo en la cabeza.*)

TITINA.—¡Ay, me lo has echado todo!

VICKY.—¡De veras!... No me fijé.

TITINA.—Me van a pegar. (*Pausa.*)

VICKY.—Oye, en el botiquín hay un polvito amarillo.

TITINA.—Mi papá guarda azufre.

VICKY.—¡Corre a traerlo! (*TITINA sale corriendo, mientras VICKY se va a revolver los regalos; unos los abre y otros los pisa al pasar.*)

TITINA.—(*Llega con un sobrecito.*) Aquí está el polvo.

VICKY.—Tráete la jara del agua. (*Vacía los polvos en la botellita del perfume.*)

TITINA.—Aquí está el agua. (*Entre las dos llenan de agua el frasquito.*)

VICKY.—¡Puf, qué feo apesta! (*Envuelve el perfume y lo coloca en su sitio.*)

TITINA.—Mira mis uñas, se levantaron con el perfume.

VICKY.—¿A ver? (*Toma el barniz y le da de brochazos en todos los dedos.*)

TITINA.—¡Ay!, ¿qué haces?

VICKY.—No te preocupes, es natural. No se te ve, es transparente.

TITINA.—Pero está muy pegajoso.

VICKY.—Ah, eso sí te lo aguantas. “Las mujeres bellas deben sacrificarse.” Después que se te seque lo sentirás algo rasposo, pero te acostumbras. Oye, ya me voy.

TITINA.—Andale, adiós. ¡Feliz Navidad!

VICKY.—Es verdad, luego regreso a traerle su regalo a tu mamá. ¡Chau!... ¡Chau, güera!

TITINA.—Chau, Vicky. (*Se mira las uñas.*) ¡Ay, mis uñas. (*Cae el telón.*)

ACTO TERCERO

UNA HORA DESPUÉS EN LA MISMA ESTANCIA

ESCENA I

MARÍA y TITINA, *muy arregladas, colocan la mesa en el centro de la escena. Le ponen el mantel, flores, platos y todo lo que es necesario para la cena. JUANITO, vestido de traje y con corbata, da vueltas en su bicicleta alrededor de la mesa. Luego, entra DOÑA MANUELA, después DON JOSÉ, finalmente VICKY y se oye la voz de EL ABUELO.*

TITINA.—¡Juan!... ¡Ya deja de jugar, sácate de aquí! (JUANITO le da una patada.) ¡Ay; mamá, mira a Juan! ¡Ay..., ay..., ay! (*Muy dolorida se sienta en una silla.*)

MANUELA.—(*Se oye la voz.*) ¿Qué pasa, niños?

TITINA.—Juan está molestando.

MANUELA.—¿Otra vez?

MARÍA.—Sí, señora, no deja de molestar.

MANUELA.—Juanito, ven enseguida.

JUANITO.—Ya voy, mamá. (*Sale montado en la bicicleta y pasa con las ruedas sobre los pies de TITINA y le saca la lengua a la criada, que le da un escobazo.*)

TITINA.—¡Ay...! (*Pausa. TITINA se descalza y se soba los pies.*)

MANUELA.—(*Entrando, muy elegante.*) Y ahora, ¿qué pasa?

TITINA.—Juanito me atropelló.

MANUELA.—¿Juanito? ¡Si lo está regañando el abuelo en este momento!...

TITINA.—Se fue corriendo. (*Suena el teléfono.*)

MARÍA.—(*Contestando el teléfono.*) ¡Bueno!... María, la muchacha... la sirvienta de la casa donde trabajo.

TITINA.—¡Presta acá!... (*Toma la bocina.*) Bueno... A la casa del señor De la Calle... Sí, un momento.

MANUELA.—¿Quién es?

TITINA.—Don Pancracio Robuspuche quiere hablar con papá.

MANUELA.—¿Qué ya no irán a venir? María, hálblele al señor. (*Sale MARÍA.*)

TITINA.—¿Qué pasará, mamá?

DON JOSÉ.—(*Entra en camiseta y trae la navaja de rasurar en una mano y la cara llena de jabonadura.*) ¿Quién es?

MANUELA.—Don Pancracio.

ABUELO.—(*Se oye la voz.*) María, pláncame mis pantalones.

MARÍA.—(*Se oye la voz.*) Ya voy. (*Suena el timbre, y MARÍA a toda velocidad se dirige a la puerta para abrir.*)

DON JOSÉ.—(*En el teléfono.*) Bueno..., sí, dígame don Pancracio. Sí... (*Se oye afuera un grito de VICKY.*)

VICKY.—(*Su voz.*) ¡Feliz Navidad, María! ¡Que te cases pronto! ¡Titi, Titi!...

DON JOSÉ.—(*Tapándose el oído que le queda libre.*) No es molestia, de ningún modo. No, es un gusto para nosotros.

VICKY.—(*Irrumpe en la estancia toda emperifollada, con los labios pintados, etc., etc.*) ¡Feliz Navidad, Titina! (*Pega un brincote y da un grito.*) Qué, ¿no oyen? (*DON JOSÉ, del susto, se pega con el auricular en los dientes. MARÍA cruza otra vez la escena y va hacia las recámaras.*)

TITINA.—Feliz Navidad, Vicky.

VICKY.—(*Complacida.*) Ay, feliz Navidad... (*Como alocadas se dan un abrazo y un beso en las mejillas.*) Ay, señora, feliz Navidad.

MANUELA.—Igualmente, chiquita.

VICKY.—Dios quiera que deje de verse tan vieja.

MANUELA.—¿Eh?

VICKY.—(*Dándole un regalo.*) Le traigo un regalo fantástico, le va a fascinar.

MANUELA.—Muchas gracias. No te hubieras molestado.

VICKY.—Es un cenicero precioso, señora. Está un poco roto porque cuando nos mudamos de casa se rompió; pero eso sí, es una joya de verdad.

MANUELA.—(*Con cara de asco.*) ¡Gracias!

VICKY.—(*A DON JOSÉ, que sigue hablando por teléfono.*) Felicidades, don José. (*Le da un abrazo y un beso y se bate la cara con la crema de rasurar. Se separa de un salto.*) ¡Ay, viejo atascado! ¿Qué se untó? ¿Cómo se atreve a abrazarme cuando está todo babeado? (*Muy contrariada se va a meter a las recámaras y TITINA la sigue.*)

DON JOSÉ.—¡Qué bien mueles!... No, de veras, don Pancracio, lo digo en serio, no fue a usted. Bueno, sí, está bien; cómo no, hasta luego. (*Cuelga el teléfono de mala gana y se quita la crema con la toalla. Suena el timbre.*)

MANUELA.—¿Qué sucede con don Pancracio?

DON JOSÉ.—Dice que tiene un huésped en su casa y que le da pena dejarlo. Me ha preguntado si podía traerlo.

MANUELA.—¿Y qué le dijiste?

DON JOSÉ.—Pues que sí.

MANUELA.—¡Dios mío, no va a alcanzar la vajilla! ¿Qué hacemos? Sólo tenemos diez piezas, las dos que completaban el juego las rompió la vecina.

DON JOSÉ.—Es verdad. Y va a venir doña Concha. (*Vuelve a sonar el timbre.*)

MANUELA.—María, ve a abir la puerta. (MARÍA, con los pantalones del abuelo en la mano, pasa hacia la puerta.)

DON JOSÉ.—Ha de ser doña Concha.

VICKY.—(Se oye un gritote suyo.) ¡Feliz Navidad, abuelo!

ABUELO.—(Su voz, desde dentro también.) ¡Horrenda!... (Suenan portazos y VICKY atraviesa llorando la escena, lleva un ojo morado y va dando gritos. TITINA va tras ella sin saber qué hacer.)

DON JOSÉ.—¿Qué sucede?

MANUELA.—¿Qué pasa? (Ambas niñas desaparecen en el vestíbulo.)

ESCENA II

DOÑA MANUELA, DON JOSÉ y DONA CONCHA que entra por el vestíbulo llevando cinco regalos, seguida de MARÍA. Al ver a DON JOSÉ en camiseta, cierra los ojos pudorosamente y éste se retira con rapidez. Luego EL ABUELO y después VICKY y TITINA.

CONCHA.—¡Manuelita!

ABUELO.—(Asomándose en calzoncillos. A MARÍA.) ¿Ya se fue la escuintla latosa? (MARÍA le da al ABUELO sus pantalones.)

CONCHA.—¿Dónde pongo... (Viendo al ABUELO termina la frase gritando.) ¡los regalos!? (Avienta al aire los regalos y se refugia, asustada, en el vestíbulo. Mientras tanto, EL ABUELO se ha metido a la recámara sin dar tiempo a que lo vea DOÑA MANUELA.)

MANUELA.—(Sin comprender lo que pasa.) Doña Concha, ¿qué tiene?

CONCHA.—(Desde afuera.) ¡Ya no vuelvo más!

MANUELA.—Pero, ¿qué le sucede? Entre usted. (Tomándola del brazo la hace pasar.)

CONCHA.—¡Vi algo horrible!

MANUELA.—Cálmese, dígame qué fue. María, trae una copita de coñac para la señora y unas pastas secas también. (MARÍA *va a la cocina.*)

CONCHA.—No, espere; ¿puede llevarme al excusado?

MANUELA.—Cómo no, pase por acá. (*Salen. Vuelven VICKY, chillando, y TITINA tratando de consolarla.*)

TITINA.—No te enojés; perdona al abuelo, no pudo contenerse.

VICKY.—¡Ya nunca más volveré! ¡Nunca, nunca!

MARÍA.—(*Entra trayendo vino y pastel.*) ¡Déjela que se vaya!

VICKY.—¿Sí? Pues eso se cree usted, ¡majadera!

TITINA.—Andale, no te enojés tanto. Perdona al abuelo, ¿sí? El no supo lo que hacía.

MARÍA.—¡Quién le manda meterse a su cuarto cuando estaba en calzoncillos!...

VICKY.—Yo iba a felicitarlo, y miren cómo me dejó el ojo. ¡Bu, bu, bu!...

TITINA.—Perdónalo, ¿sí?

VICKY.—Bueno, pero que me lo pida de rodillas.

MARÍA.—¡Ja, ja, ja! ¡Ya me imagino! Mire, niña, deje que su amiga se canse de chillar y véngame a decir qué plato vamos a agregar a la mesa.

TITINA.—¿Qué platos quedan? (VICKY *comienza a comerse las pastas.*)

MARÍA.—Dos de peltre míos y el del perro.

TITINA.—¡Dios mío!

VICKY.—¿Para qué?

TITINA.—Es que va a venir el sobrino de don Pancracio a cenar como invitado extra.

VICKY.—¡Un muchacho!... ¡Ay, estoy un poco desarreglada! Oye, ¿se nota mucho mi ojo?

MARÍA.—¡No, sólo se ve como sombra! ¡Ja, ja!

VICKY.—Voy a mi casa a arreglarme. Chau. (*Agrarrá un puñado de pastas y sale corriendo.*)

TITINA.—¿Qué plato vamos a poner ahora en la mesa, María?

MARÍA.—Pues eso sí no sé.

DON JOSÉ.—(*Entrando, ya vestido para la cena.*)
¿Qué pasa, Titina?

TITINA.—Papá, no sé qué plato vamos a poner.

DON JOSÉ.—Tengo un plan. Mira, María, ve y dile a doña Concha que habló su esposo que se siente mal y que quiere que ella vaya a hacerle compañía.

TITINA.—Ahí viene. Anda, María, dile.

MANUELA.—(*Entra hablando con DOÑA CONCHA.*)
¿Ya se siente mejor?

CONCHA.—Sí, pero nunca podré olvidar esa imagen.

MARÍA.—Señora Concha, hablaron de su casa que su esposo está muy malo y quiere verla a su lado.
(*DOÑA MANUELA se toma la cabeza.*)

CONCHA.—¿Sí?

MARÍA.—Sí, señora.

CONCHA.—¡Pues qué broma de mal gusto en plena Nochebuena!

DON JOSÉ.—¡Oh, temo que ya no podrá quedarse a cenar hoy con nosotros!

TITINA.—¡Qué pena, hoy en plena Navidad!

CONCHA.—(*Enojada.*) Digo que es una broma de muy mal gusto, porque mi marido, que en paz descansase, murió hace cinco años. (*Todos se miran desconcertados.*)

VICKY.—(*Volviendo a entrar.*) ¡Titina!...

TITINA.—¿Por dónde entraste?

VICKY.—Dejé abierto. ¡Ah! ¿Es esta la señora a la que le van a dar el cubierto del perro?

CONCHA.—¡Qué insulto!... ¡Qué humillación!...

MANUELA.—¡Doña Concha, no irá a tomar esto en serio!...

CONCHA.—¡Sólo eso me faltaba! (*Intenta irse.*)

MANUELA.—No se vaya...

ABUELO.—(*Aparece también ya vestido para la cena.*) Déjala que se vaya, hija.

CONCHA.—(*Que ya había salido, vuelve y recoge sus regalos.*) ¡Fuchi! (*Se va. JUANITO sin ser visto se cuela por el pasillo de las recámaras y se esconde detrás de un sillón.*)

VICKY.—¿Por qué se iría tan contrariada doña Concha?

MANUELA.—(*Notando gran desorden en los paquetes de Navidad.*) ¡Oh, cómo están los regalos!

DON JOSÉ.—¿Quién habrá hecho esto?

ABUELO.—(*Contemplando el ojo morado de VICKY.*) Creo que el causante, aunque no escarmentó, ya recibió bastante castigo.

VICKY.—(*Sin darse por aludida.*) ¡Sí, pobre doña Concha!

TITINA.—Mira, vámonos; acompáñame.

VICKY.—¿Adónde?

MANUELA.—(*Aparte, mientras levantan los regalos.*) ¡Qué niña más molesta!

TITINA.—A...

VICKY.—(*Cortándole la plabra.*) ¿Ya ves? No estás molestando.

TITINA.—¡Oh!... ¡Que te vengas! (*Se la lleva, y MARÍA, agotada, entra en la cocina.*)

ESCENA III

DOÑA MANUELA, DON JOSÉ y EL ABUELO *acomodan los regalos. JUANITO permanece escondido detrás del sillón. Luego, VICKY, TITINA y MARÍA, y más tarde DON PANCRACIO, DOÑA LEONOR, TERESITA y THOMY.*

MANUELA.—¿Y Juanito, papá?

ABUELO.—Lo tengo castigado en mi recámara.

DON JOSÉ.—Yo creo que por ser Nochebuena deberíamos perdonarlo.

MANUELA.—Vamos a darle la sorpresa. (*Salen los tres y JUANITO se cambia de sitio escondiéndose tras el sillón que está cerca de la entrada. Vuelven TITINA y VICKY muy preocupadas.*)

TITINA.—Te digo que sí.

VICKY.—Pero ya no hay modo de que te bañes.

TITINA.—¡Ya ves!

VICKY.—¡Oh!, todo fue culpa de la fatalidad. (*Se sienta en el mismo sillón tras el que está JUANITO escondido. Suena el timbre y MARÍA pasa corriendo a abrir la puerta.*) Es que el perfume era de mala clase.

TITINA.—Yo creo que estaba muy cargadito, cada vez me apesta más la cabeza. (*JUANITO saca la mano y le da un cocotazo a VICKY.*)

VICKY.—¡Ay! (*Se asoma, pero no ve nada.*)

TITINA.—¿Qué te pasa?

VICKY.—Sentí un manotazo. (*JUANITO vuelve a pegarle.*) ¡Ay! (*Voltea y ve a JUANITO.*)

TITINA.—¿Y ahora?

VICKY.—¡Tu música hermano! (*Entre las dos lo apergollan a manotazos.*)

MANUELA.—(*Entrando con DON JOSÉ y EL ABUELO.*) ¿Conque estabas aquí?

ABUELO.—¡Pero eres un demonio!... ¡Mira que desatornillar la puerta! (*JUANITO ríe.*)

DON JOSÉ.—¡Diablo de escuintle! (*Trata de agarrarlo pero éste se escabulle y tropieza, rebotando con la panza de DON PANCRACIO que entra en ese momento acompañado de su esposa, su hija y su sobrino, que es un muchacho muy güero y solo habla inglés.*)

DOÑA LEONOR.—(*Se agacha y levanta a JUANITO.*) ¿Quieres un dulce, niño? (*Todos se quedan sorprendidos sin saber qué decir.*)

VICKY.—(*Ve entrar al güerejo y se toma el corazón.*) ¡Ay!...

JUANITO.—(*Mimoso.*) Sí quiero.

DOÑA LEONOR.—(*Abre su bolso y busca.*) ¡Ay!, no traje.

MANUELA.—Pase, doña Leonor, pase.

TITINA.—Ven Teresita.

VICKY.—(*Mira a TITINA celosa y muestra disgusto. Luego, mira de nuevo al güero.*) ¡Ay, güerejo de mi alma!... (*Suspira y le da un abrazo. Telón.*)

ACTO CUARTO

MISMO ESCENARIO. TODOS LOS PERSONAJES SE ENCUENTRAN COMO LOS DEJAMOS EN EL ACTO ANTERIOR.

ESCENA I

VICKY *lanza fuertes suspiros y todos la miran extrañados.*

MANUELA.—Pasen a la mesa. Usted por aquí, por favor, doña Leonor. (DON JOSÉ *le corre la silla.*) Usted, don Pancracio, haga el favor. Tú acá, Teresita.

VICKY.—Del güero yo me encargo. (*Lo sienta en una esquina y corre una silla junto a él. Todos quedan sentados a la mesa dando la cara al público. MARÍA trae el entremés y comienzan a servirse.*)

VICKY.—(*Al güero.*) ¿Cómo te llamas, monada?

THOMY.—*I don't speak spanish.*

VICKY.—¿Qué?

TERESITA.—Se llama Thomy y no habla nada de español.

VICKY.—¡Qué asco! (*Todos prueban el entremés y automáticamente lo dejan y sacan la lengua.*) ¿Les gusta el entremés? Lo hice casi yo sola. Titi me ayudó un poco. (*Todos sonríen.*)

DOÑA LEONOR.—Creo que está algo salado. (THOMY *es el único que sigue comiendo y de pronto pone mala cara.*)

TERESITA.—¿Qué te pasa, Thomy?

VICKY.—Denle ponche, ése sí lo hice yo sola.

(TITINA le sirve un vaso y THOMY lo bebe de un trago, pero lo escupe inmediatamente y le dice algo a TERESITA al oído.) ¿Qué te dijo?

TERESITA.—¡Que eso está horribble!

VICKY.—¡Qué güero más pelado!... Con permiso. (Se va a las recámaras y se lleva el platón del entremés.)

MANUELA.—María, sirve la sopa.

DON PANCRACIO.—No, señora, no se moleste.

MANUELA.—No es molestia alguna.

DOÑA LEONOR.—La verdad es que nosotros ya habíamos cenado.

ABUELO.—La sopa sí la hizo mi hija.

TITINA.—Y está muy buena; es de espárragos.

DOÑA LEONOR.—Bueno, siendo así, probaremos una poca. (DON PANCRACIO repela y DOÑA LEONOR lo calla.)

TERESITA.—(Haciendo cara de asco.) ¡Mamá!...

THOMY.—*I don't*... (DOÑA LEONOR los calla a los dos. MARÍA sirve la sopa. Todos los invitados muestran desconfianza y con gran recelo huelen la sopa y la prueban ligeramente con la punta de la cuchara. Por fin se miran tranquilizados y empiezan a comer.)

VICKY.—(Entrando con el platón limpio, muy ufana.) Le di el entremés al perro y se basqueó. (Todos, inclusive DOÑA MANUELA, escupen la sopa. A DON PANCRACIO le da un ataque de tos y tratan de calmarlo.) ¡Qué asco! ¿verdad? (THOMY dice algo a TERESITA.) ¿Qué dice ahora ese niño?

TERESITA.—Que la sopa está muy buena y que no entiende nuestro asco.

VICKY.—Dile que es porque hay un gringo aquí.

MANUELA.—María, recoge la sopa.

DON JOSÉ.—(A VICKY.) Oye, niña, ¿no ha llegado tu tía por ti?

VICKY.—Es verdad, voy a ver. (Sale al vestíbulo.)

DOÑA LEONOR.—¿Quién es esa niña?

ABUELO.—Es una vecina amiga de Titi.

DOÑA LEONOR.—(*Forzada.*) ¡Qué simpática!

MANUELA.—Es muy chica aún.

DON JOSÉ.—No se sabe controlar.

TITINA.—Su mamá la tiene muy consentida.

ABUELO.—Sí, es que es muy pequeña.

JUANITO.—De cacumen, sobre todo. (VICKY, *que entra de nuevo, le da un cocotazo.*) ¡Ay!...

VICKY.—No he salido. (*Todos se toman la cabeza.*

MARÍA *pone sobre la mesa el pavo y VICKY se lanza sobre éste, pero EL ABUELO le sujeta las manos.*) ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Suélteme!

ABUELO.—¡Je... je... je!...

DON JOSÉ.—¿Qué pasó con tu tía?

MANUELA.—Sí, de veras.

VICKY.—Va a tocar el claxon de su camioneta cuando venga.

DON PANCRACIO.—Qué, ¿no es ya muy tarde?

DOÑA LEONOR.—¿Por qué no la esperas mejor en tu casita?

ABUELO.—Sería una buena idea. (*Aprobación general.*)

VICKY.—(*Forcejeando con EL ABUELO para coger el muslo.*) ¡Ay! ¡Ay!... (*Suena el timbre de una bicicleta en la calle.*)

TODOS.—¡Tu tía!

VICKY.—¡Déjeme! (*Se suelta y sale corriendo. Al salir saca una pañoleta y le dice adiós al gringo.*) ¡Adiós, Thomy, nunca te olvidaré!

MANUELA.—¡Al fin se fue! (*Sonríe.*) ¿Qué pieza prefiere, don Pancracio?

DOÑA LEONOR.—“Las Golondrinas”.

TERESITA.—Mejor un *rock and roll*. Algo alegre.

DON PANCRACIO.—No sabría decidir entre “La Marsellesa” o “La Marcha Fúnebre”.

MANUELA.—¡Oh, no!... Digo del pavo. (*Todos ríen.*)

DON PANCRACIO.—De preferencia el muslo. (*El pavo debe aparecer con un solo muslo, pues el otro*

lo había picado VICKY para el entremés. MANUELA se dispone a cortar el muslo cuando en esto aparece VICKY y, al verla, deja caer el cuchillo que se clava en la mesa y lanza una exclamación.) ¡Ay!...

VICKY.—Sembré el desconcierto, ¿verdad?

DON JOSÉ.—¿Y tu tía? ¿Qué no era?

VICKY.—No, era el novio de Sipurilia.

TODOS.—¡Oh!...

DON PANCRACIO.—¿Y quién rayos es Sipurilia?

VICKY.—Mi prima.

ABUELO.—¿Y por qué no le vas a hacer compañía? Puede necesitarla.

VICKY.—No, el lechero siempre se ha portado correcto con ella.

LEONOR.—¿El lechero?

VICKY.—Sí, su novio. (Todos se miran y VICKY aprovecha este instante para arrancar el muslo del pavo. En ese preciso momento suena el claxon de un coche y, ante la sorpresa de todos, VICKY sale con el muslo, lanzando al aire el pavo que cae sobre la alfombra.) ¡Mi tía!

MARÍA.—(Recoge el pavo.) ¿Qué hago con él, señora?

MANUELA.—Pues yo creo que ya nadie quiere. (MARÍA sale con el pavo.) Mejor trae el pastel y las peladillas.

VICKY.—(Entra otra vez.) Qué, ¿se cayó el pavo?

TODOS.—¡Ay!...

DOÑA LEONOR.—¡Es el colmo! ¡Qué peladez!

DON JOSÉ.—Ustedes perdonen, como ven no es culpa nuestra.

VICKY.—Olvidenlo.

DON PANCRACIO.—¿Olvidarlo?... ¡Nunca! (Se levanta.)

VICKY.—Como quieran; yo ya me voy, pues ya llegó mi tía.

DON PANCRACIO.—¿Ya?

VICKY.—Ya.

DON PANCRACIO.—¡Pues fuera!...

VICKY.—Ay, yo sólo vine a despedirme de mi güero santo.

JUANITO.—¿Y de veras te vas?

DON JOSÉ.—Sí, que se vaya y no vuelva.

VICKY.—(*Mirando a DON PANCRACIO que está furibundo.*) Don José, yo creo que hoy no es oportuno que le pida aumento de sueldo a don Pancracio. Mírelo, está como foca después de un mal desayuno. (*Todos los de la casa se ponen colorados y se toman la cabeza. VICKY le pone el brazo sobre el hombro a THOMY y éste le dice algo al oído.*) Adiós mi gringo, jamás te olvidaré. (*Desde la puerta.*) Adiós a todos. Adiós...

TITINA.—(*Sin saber qué actitud tomar.*) Adiós, Vicky; chau.

VICKY.—(*Feliz, cruzando las manos.*) Chau. (*Se va.*)

ESCENA II

Todos, menos VICKY, continúan sentados a la mesa y transcurren unos momento de silencio embarazoso. MARÍA lleva las peladillas y THOMY despreocupadamente empieza a comerlas con gran deleite. Los demás se miran por un momento; unos apenados y otros mostrando enojo.

TITINA.—(*Rompiendo el silencio.*) Creo que mi amiga es un poco pesadita, ¿verdad?

MANUELA.—¡Oh, qué distracción!... ¡No les he ofrecido las peladillas!

ABUELO.—(*Sonríe amablemente.*) ¡Je... je... je...!

MANUELA.—Doña Leonor, ¿no gusta usted un turrón, un mazapán?

DOÑA LEONOR.—(*Secamente.*) Gracias.

DON JOSÉ.—¡Pero animémonos!... ¡Hoy es Navidad!

ABUELO.—(*Refiriéndose a THOMY.*) Aquí mi compañero sí tiene espíritu navideño, ¿verdad?

THOMY.—¡Oh!... ¡yea!... ¡yea!... ¡jou!... ¡jou!

TITINA.—(*Ríe, nerviosa.*) ¡Ji, ji, ji!...

TERESITA.—(*Sin contenerse.*) ¡Ja, ja, ja!

MANUELA.—Cómo congenian las niñas, ¿verdad? (*Ríe fingidamente.*) ¡Jea, jea, jea!...

DON JOSÉ.—Son jóvenes y felices. (*Ríe junto con su mujer.*) ¡Jo, jo, jo!

DOÑA LEONOR.—(*Le brillan los ojos y termina por reír también. Pero lo hace afectadamente.*) ¡Ju... ju!...

THOMY.—(*Antipáticamente.*) ¡Jou, jou!...

ABUELO.—¡Je, je!...

DON PANCRACIO.—(*Sigue serio, pero acaba carcajeándose estruendosamente.*) ¡Jua... jua... jua!... (*Transcurren momentos de puras risas hasta que el público ría también y entonces entra MARÍA con alegres carcajadas rancheras.*)

MARÍA.—¡Ja, jay... ja, jay, jay... (*De pronto, estos alegres instantes se ven cortados por un acceso de tos de DON PANCRACIO que se pone de pie haciendo convulsiones.*)

MANUELA.—¡Denle agua, pronto!

TERESITA.—(*Llena un vaso con el ponche.*) Aquí está.

DOÑA LEONOR.—(*Se lo da a beber.*) Bebe, viejo.

JUANITO.—(*Que antes no había reído.*) ¡Ja, ja, ja!

DON PANCRACIO.—¡Arch! (*Lo escupe todo.*)

JUANITO.—¡Híjole!...

TERESITA.—¡El ponche!

DOÑA LEONOR.—¿Ya se te pasó, viejo? (*DON PANCRACIO se sienta en un sillón, se calma, y cuando están tranquilos le da hipo.*)

DON PANCRACIO.—¡Hip, hip!... ¡Hip, hip!...

VICKY.—(*Volviendo muy contenta.*) ¿Siempre

probaron el ponche? (*Todos menos THOMY y JUANITO se levantan desesperados.*) Titi, le pedí permiso a mi mamá y me dejó quedarme a pasar la Navidad con ustedes. (*Conmoción general. A DON PANCRACIO se le quita el hipo.*)

VICKY.—(*Se sienta junto al gringo.*) ¿Qué les pasa?

JUANITO.—(*Le arroja a VICKY un puñado de ensalada de Navidad a la cara.*) ¡Al ataque!... (*Todos disimuladamente le arrojan a VICKY las cosas que encuentran a la mano.*)

VICKY.—¡Ay!... ¡Qué gente más montonera! (*Se cubre con el gringo y logra escabullirse hasta la puerta, no sin antes desquitarse regresando lo que le avientan.*)

JUANITO.—(*Aparte a su papá.*) Papi, olvida tu aumento.

DON JOSÉ.—¡Ay, hijo!, sólo me conformo con que don Pancracio no me quite el empleo.

MANUELA.—Al fin se ha ido.

JUANITO.—(*Se adelanta a la puerta y grita a VICKY.*) Nosotros estamos muy contentos cuando tú no vienes. (*DON PANCRACIO se dispone a irse con su familia, muy enojado.*)

DON JOSÉ.—Don Pancracio, esto necesita explicación... no se vayan aún.

MANUELA.—¡Esperen... los regalos, por poco se me olvidan!

DOÑA LEONOR.—¡Oh! (*Detiene a su marido y se vuelve. TITINA lleva los regalos.*)

TITINA.—Esto es para usted, doña Leonor.

DOÑA LEONOR.—¡Oh, gracias! ¿Lo abro?

TODOS.—¡Sí!

DOÑA LEONOR.—(*Lo destapa.*) ¡Un perfume! ¡Qué lindo!

MANUELA.—Es de "Mary Susie".

DOÑA LEONOR.—¿Sí? (*Se echa un sifonazo y todos*

se tapan la nariz al mismo tiempo.) ¡Qué sucia! (Todos se abanican con su pañuelo.)

TITINA.—(*Muy nerviosa.*) Esto es para usted, don Pancracio.

DON PANCRACIO.—(*Poniéndose de buen humor.*) Gracias, don José, es usted muy amable. ¡Mmm, miren la dedicatoria!

DON JOSÉ.—(*Se yergue satisfecho.*) Léala, léala, don Pancracio.

DON PANCRACIO.—Oigan: “Que cada vez que se las anude al cuello se cumplan mis deseos de Navidad.”

TODOS.—¡Oh, qué bonita!... (DON PANCRACIO *desenvuelve su paquete con agrado.*)

DOÑA LEONOR.—¡A que son corbatas!

DON PANCRACIO.—(*Furioso.*) ¡Pues no son precisamente corbatas!

JUANITO.—(*Se acerca.*) ¡Ay, Titi, le diste mi reata de charro!

TITINA.—¡Ah! Aquí están unas corbatas. (*Se las da a DON PANCRACIO y éste las toma con recelo.*) Este estuche es para Teresita.

TERESITA.—Gracias, señor. (*Al destapar el estuche, JUANITO se da cuenta de que se trata del anillo de su mamá.*)

JUANITO.—¡Huy!

TERESITA.—(*A DOÑA LEONOR.*) ¡Mira mamá, qué bonito anillo de fantasía; hasta parecen brillantes! (*DOÑA LEONOR sonríe.*)

MANUELA.—¡Ay!... (*Se levanta de la mesa, da dos pasos tambaleantes y se desploma en el proscenio. Todos van a atenderla.*)

JUANITO.—Ya se fue la vecina y sigue causando estragos. (*Halla colgado del árbol de Navidad el collar que le correspondía a Teresita y lo baja.*) Oye, Teresita, ¿te gusta este collar de fantasía? (*Mostrándoselo.*)

TERESITA.—¡Qué bonito!

JUANITO.—¿Te gusta?

TERESITA.—Sí.

JUANITO.—Pues te lo cambio por tu anillo.

TERESITA.—Pero es un regalo.

JUANITO.—Por nosotros no te preocupes. Si quieres puedes cambiarlo.

TERESITA.—Bueno. (*Hace el cambio. DOÑA MANUELA vuelve en sí y hace un gesto de alivio.*)

DON PANCRACIO.—Muchas gracias, don José, y para que vea que sé recompensar su amabilidad, desde el año entrante recibirá un diez por ciento más de sueldo. (*Se abrazan y todos conversan alegremente.*)

DON JOSÉ.—Gracias a usted, don Pancracio. (*THOMY dice algo a TERESITA al oído.*)

TITINA.—¿Qué dice?

TERESITA.—Dice que si ese cenicero es de Murano.

TODOS.—¡Ja, ja, ja!

VICKY.—(*Entrando otra vez, decidida a todo.*) ¡Ningún de Murano, gringo condenado, es de Carretones! Yo lo traje y me lo llevo. (*Saliendo.*) ¡Mira, Titi, que me han corrido; después no digas que no es cierto!

TITINA.—No te vayas preocupada, que no lo diré.

VICKY.—Aún es tiempo de que te retractes.

JUANITO.—No quiere “retratarse”. ¿Qué no comprendes?

VICKY.—¡Qué niño!

TITINA.—¿Lo has oído?

VICKY.—¡Señor, que su hija es una pelada; me corre!

DON JOSÉ.—¡Ella te trajo para tragedia nuestra!

MANUELA.—Justo es que te corra para nuestro bienestar.

MARÍA.—(*Que se ha emborrachado con brandy, viene de la cocina con la botella en la mano.*) ¡Feliz Navidad!... ¡Yupi!

VICKY.—¿Sí? Pues ni creas. (*Voltea la espalda y THOMY le avienta un cacahuete que le pega en las*

pompis y ríe como tonto.) ¡Ay!... ¡Tía, espérame, espérame! (Se va corriendo. La escena queda quieta y todos permanecen muy alegres, pero inmóviles.)
JUANITO.—(*Adelantándose hacia el público.*)

Qué escarmiento merecido
el destino le jugó...;
pues como vecina ha sido
lo que Judas empeñó.

Y como moraleja sigo:
vecinas jamás estén
en casas ajenas; yo digo,
diariamente, pues ya lo ven.

Y si alguna les cae por casa,
¡córranla, porque las arrasa!

(*Cae el telón.*)

HISTORIA DEL CLUB X

UN CLUB CASERO

Desde muy chico he tenido una opinión muy singular de esas nobles asociaciones llamadas o no llamadas clubs que, con un señuelo de elevados propósitos, organizan las gentes para poder ser felices. Pero quizá todos estamos destinados a pertenecer a ellos. Cuando yo contaba nueve años, mis hermanos y yo hicimos en la azotea de mi casa un club de sanas diversiones para nuestros amigos. El lema era "La amistad"; pero las aficiones y propósitos particulares de los socios eran otra cosa. A veces pienso que hubiéramos podido llegar muy lejos. No todos nuestros pasatiempos eran sedentarios; también hacíamos juegos al aire libre, bajo el sol, lejos de aquel gallinero que olía a tabaco y a ron y tenía cubiertas las paredes con fotografías artísticas. Debo confesar que sentíamos demasiadas inquietudes para permanecer encerrados mucho tiempo, simulando ser mayores. De aquí que pasáramos en la calle casi todo el día en busca de emociones.

LA PANDILLA

Pronto nos convertimos en una novedosa pandilla de enmascarados que actuaba solapada por las sombras de la noche y cuya misión más inofensiva era la de nalguear sigilosamente a las sirvientas cuando salían a comprar el pan. Tengo entendido que dichas tradiciones han prevalecido en la colonia, si no ya en su forma primitiva, sí en forma motori-

zada, progreso venido por la evolución técnica y la mejoría económica del grupo en los últimos años. Durante varios meses los niños encontraron verdadera diversión con nuestro juego. Pero tanta dicha estaba destinada a acabarse un día por varios abusos imperdonables.

Resultó que la aceptación de nuevos elementos nos hizo perder el control de la pandilla, y ello dio lugar a una cantidad pasmosa de robos. En el vecindario desaparecía hasta la ropa recién tendida; por lo que la cocinera de mi casa puso candado a la puerta del refrigerador, y este detalle intrascendente produjo verdadera rabia entre nuestros amigos. Por otra parte, el grupo de enmascarados llegó a nalguear a muchas damas de alcurnia al confundirlas por sus atuendos con las otras damas subyugadas que, como ya dije, iban por pan. Tal atrevimiento pudo aún pasar como un impulso afectuoso por parte de los niños, de no ser porque hubo algunos que se apasionaron usando cadenas y punzones. A esto se sumó el hecho de que pusiéramos en llamas los llanos baldíos, muriendo achicharrada una infeliz mula que se hallaba atada a un pirul y resultando muy gravemente lesionados algunos moradores de una comunidad de paracaidistas, que celebraban una boda.

El club se mudó a un muladar lleno de sol. La palabra amistad sonó a vidrios rotos y hubo algunos descalabrados.

NI LOS REBELDES SIN CAUSA SE SALVAN DE HACER CLUBS

Una noche fueron violentamente arrancados del sueño los apacibles vecinos de la calle de Milwaukee por el chirriar de las llantas y el zumbido de los motores a escape abierto de una veloz caravana de

carros que usaban la callejuela como pista de carreras. “¡Rebeldes sin causa!”... , gritó una indefensa anciana desde su balcón; una mecanógrafa, con insomnio, les arrojó una lluvia de comestibles, y un general revolucionario quiso imponer la paz pistola en mano. Se trataba de un *rally* privado que organizaban unos enchamarrados a los cuales apodaban los “Escorpiones”... Y cuentan, los que sobrevivieron, que ya avanzada la madrugada, los rufianes formaron corro con sus automóviles y pusieron sus radios a funcionar simultáneamente y a todo volumen en la misma emisora de músicaailable; y que casi todas las jóvenes casaderas de la comarca, atraídas por las melodías, se descolgaron a bailar con ellos; lo cual, más tarde, trajo serios pleitos pasionales que culminaron cierta mañana de invierno, cuando pasaba el carro de la basura, en una riña general entre patronas y domésticas.

LA HISTORIA DE LOS ESCORPIONES

Es como la vieja historia de los ángeles malos expulsados del cielo, historia que se repite siempre. Hubo una vez en la colonia Nápoles un club de niños buenos, auspiciados por todas las familias decentes del lugar. Y tenían su local en el sitio donde estrené mi primera comedia, junto a la nueva iglesia en eterna construcción. El cielo realmente los había colmado de dones. Su ansia de saber, su gran capacidad de aprendizaje y sus muchas energías los llevaron muy pronto a cometer las más extrañas proezas, inspirados para ello en las películas que por aquel entonces se exhibían sobre el tema de la juventud descarriada y los “rebeldes sin causa”.

Día a día buscaban la manera de ser más felices y eran tan virtuosos, que inclusive los domingos, mo-

vidos por su obediencia y el gran afán de ayudar al prójimo, se disputaban violentamente entre ellos la prioridad de pasar la charola de las limosnas entre los feligreses a la salida de misa; misión que los sacerdotes les habían confiado desde años atrás. Y era tal el ahinco y el fervor con que cumplían su cometido, que una mañana hubo una gran trifulca, dividiéndose el club en dos partidos: los buenos (los que ganaron la charola) y los malos, en este caso los Escorpiones, quienes fueron expulsados.

EL TEATRO DEL CLUB X

En la segunda parte de la historia, como en cualquier cuento de hadas, surgió el buen samaritano. En este caso, fue mi hermano mayor, quien tocando a los Escorpiones con su varita mágica, les brindó el jardín de nuestra casa para que se refugiaran y solazaran a sus anchas. Es curioso, pero la fatalidad hace siempre que los seres humanos nos topemos con un club. Nosotros teníamos planeado acondicionar en el gimnasio de la casa, donde jugando años antes hicimos un teatrillo de papel, una salita a semejanza de los teatros grandes; y los "rebel-des", en muestra de agradecimiento, comenzaron a destruir lo que nosotros hacíamos.

Por fin, un día mi padre, enojado y cansado por tantos líos, habló: "Tú tienes tu teatro...", me dijo a mí. Y agregó dirigiéndose a mi hermano: "Tú tienes tu club...". Al día siguiente nos mudamos a otra parte, quedándose el jardín de la casa vieja para nuestros juegos.

Así, unidos geográficamente teatro y club, pasó el tiempo, y los Escorpiones se hubieran muerto de tedio de no ser porque pronto encontraron diversión burlándose de nuestros ensayos. Por otra parte, hacían falta brazos para terminar de construir el tea-

trito que estábamos haciendo con la venta de todo lo que hallábamos a mano. De manera que entre el torbellino de albañiles, electricistas, pepenadores, compradores de chueco, pintores, niñas ricas que iban a ayudar, carpinteros, marchantes, léperos, fámulas en día de salida y animales callejeros que se iban a meter allí, los rebeldes se vieron irremisiblemente arrastrados a trabajar también. Y la venganza no concluyó ahí; meses después, los más temerarios debutaron como actores en las siguientes comedias, pasando a formar parte de la compañía titular.

EL COMIENZO

En el mes de mayo de 1959 quedó terminado nuestro local, acondicionado con cuarenta y ocho butacas en desrivel, bocinas y luces apropiadas, foro, telón y camerinos. Y en una parte del jardín construimos un tejaván, para reuniones, y dos baños. El día de la inauguración hicimos la bendición del lugar y fueron padrinos los vecinos de la calle y el conocido actor Manolo Fábregas, a quien los rebeldes trajeron, no sé si por la fuerza, de una casa cercana donde se hallaba de visita. Desde que empezó a funcionar el teatrillo¹ acudió gente y casi nadie podía resistir la tentación de ir a asomarse. Llegaban los niños a jugar como a un parque público, los gatos maullaban por los tejados y algunas señoras espiaban desde sus ventanas. Una estación radiofónica dedicaba al club programas completos y hacía publicidad a nuestras comedias y fiestas. Los días de función cobrábamos la entrada al público y vendíamos golosinas y chucherías, y por si esto fuera poco, una de mis hermanas leía las cartas y

¹ Se presentó la obra *No se dice adiós sino hasta luego*, de Alfonso Paso, 26 de mayo, 1959.

la palma de la mano en los entreactos y hasta llegó a organizar sesiones espíritas. Pero no todo era ganancia, a los actores y técnicos se les pagaba salario por función como si se tratara de una compañía profesional.

LOS ENSAYOS DE "LUCHY MILLONES"

Muy pronto el club llegó a estar organizado, y tratamos de formar un grupo teatral con los socios. Hasta antes habíamos presentado compañías con alguna experiencia, inclusive de ópera de cámara,² con obras "de autores que han sabido el oficio" (como dijera una vez cierto crítico que nos hizo un provechoso comentario). Ahora, en cambio, íbamos a estrenar una obra mía, a la que muy pocos le veían probabilidades de gustar, y lo íbamos a hacer, además, con las candorosas niñas de la colonia, quienes ya he dicho parecían lagartijas, y los rebeldes del club, que no cejaban en su afán de ganarse el título de cafres.

Ensayábamos por las tardes y era necesario dirigir la obra con toda delicadeza para no herir la susceptibilidad de las niñas, haciendo gala al mismo tiempo de verdadero salvajismo: arrojando botellas por el aire, pateando y amenazando a gritos a los rufianes para obligarlos a ensayar.

Finalmente, atrevidos por la irresponsabilidad de nuestros años, entrenamos, dudando si el público nos daría nuestro merecido ejecutando un castigo ejemplar.

² *La Serva padrona*, de Pergolesi, 5 de septiembre, 1959.

LA PREMIÈRE DE GALA

Ese día amaneció lloviendo y por la tarde cayó una tormenta. Antes de la *première* dimos una función al público, a manera de ensayo general. Los Escorpiones, escondidos tras una máscara de maquillaje, perdieron el habla, cosa que, contrariamente, las lagartijas ganaron en demasía. En realidad los pobres iban a representar la obra completa por primera vez, pues hasta esa mañana terminé de hacerle unas modificaciones al libreto. La sala se llenó de amigos que iban con el pretexto de ayudar, y la mayoría se sentían muy experimentados por haber jugado alguna vez al fútbol, bailado tangos o intervenido en participaciones teatrales. Como era de suponerse, la función fue un verdadero desastre, y los amigos que la habían presenciado se reunieron como lobos de teatro en la puerta de los camerinos para hacer mofa general, tal vez con la intención de levantarnos el ánimo haciéndonos reír.

Pronto llegó el público que acudía a la *première de gala*. Los socios del club atendieron a los elegantes asistentes y les dieron bolsas de plástico para que se protegieran de las goteras. Sonó la música de la obra y se abrió el telón.

MI PRIMER ÉXITO

No sabría decir si mis actores, heridos en lo más hondo de su amor propio, fueron capaces de conmover al público con la representación, o si la fina concurrencia que abarrotaba la sala iba en estado de ebriedad, o si alguna santa anónima practicó un milagro; lo cierto es que la obra fue aplaudida con entusiasmo, siendo ovacionada a veces a media escena. Este éxito no duró únicamente aquella noche,

sino que se repitió durante todas las siguientes funciones, pudiendo mantenerse en cartel la comedia más de una semana y dándose tres funciones extraordinarias el último día. Después de esto, los miembros del Club X sufrieron una curiosa metamorfosis, principalmente las niñas que estaban en la pubertad y cambiaron de personalidad y peinados, un tanto influidas por lo que para ellas era ambiente de farándula. Cenas, fiestas, comidas y entrevistas³ fueron hechas al Club por distinguidas personas que miraban con cariño y entusiasmo nuestras actividades.

MIS PRIMERAS CRÍTICAS

Al leer los siguientes párrafos de las críticas de *Luchy Millones* publicadas entonces, creo que todos comprenderán por qué los socios del club emprendimos una peregrinación a la Villa, llevándole a la Virgen de Guadalupe un adorno de flores en forma de X (emblema del club).

...“La comedia..., es ingenua y simpática; en manos de uno de nuestros actores consagrados hubiera sido oro molido y posiblemente ‘la mejor comedia del año’... Hay en Merino un innato escritor dramático que bien podría poner de cabeza a los dramaturgos mexicanos... No se trata siquiera de un grupo experimental o de aficionados; la postura en escena de “Luchy Millones” es superior a muchos trabajos profesionales de la capital”...⁴

“En la colonia Nápoles ocurre algo inusitado, ejemplar, digno de una juventud nueva y creadora. Hay un joven de dieciséis años..., que aparece de

³ Periódico *Atisbos*, 6 de octubre, 1959; y periódico *Cine Mundial*, 1 de octubre, 1959.

⁴ “Desde primera fila”, por Deschamps, periódico *Excelsior*, 7 de octubre de 1959.

golpe, sin ningún estudio realizado, como el más prometedor proyecto de dramaturgo futuro... Observando a su alrededor, describe en una deliciosa comedia de cuatro actos cortos la vida de esa sociedad que linda en la nueva aristocracia. Más que medio, el ambiente de la Nápoles está retratado con un sentido del humor, con una gracia innata, con un despliegue de talento natural..."⁵

⁵ "Ciclorama", por María Luisa Mendoza. Revista *Hoy*, 17 de octubre, 1959.

LUCHY MILLONES

Cuento en cuatro actos, estrenado en el Teatro del Club X de la ciudad de México, el día 2 de octubre de 1959.

PERSONAJES

LUCHY,	estrafalaria abuela, muy bien conservada, que va con el siglo.
LULÚ	su nieta de catorce años.
EMMA,	sirvienta elegante y llamativa.
PAULETTE,	solterona mística y santurrona porque no ha tenido ocasión de ser otra cosa, prima de Luchy.
JACQUELINE,	criada vieja, gorda, vulgar y fea, de carácter muy irritable.
LUCIFER,	hombre maduro, bien parecido y vestido como los donjuanes de principio de siglo.
UN MARCIANO (o conciencia),	niña de diez años, vestida con negligé y tocada con una aureola al igual que los angelitos de los cuadros famosos.
SUZANNE,	una hermosa francesa en la plenitud de la vida; aventurera.
CÉSAR,	brillante estudiante universitario becado por la Sorbona de París, de veintiún años.

LA ACCIÓN EN LA CIUDAD DE MÉXICO, 1959

Primer acto, UNA MAÑANA DE PRIMAVERA.

Segundo acto, DÍAS DESPUÉS AL MEDIODÍA.

Tercer acto, UNA MAÑANA DE OTOÑO, MESES DES-
PUÉS.

Cuarto acto, EL MISMO DÍA POR LA TARDE.

ESCENOGRAFÍA

Casa de LUCHY. Una residencia lujosa de estilo imperial francés en el Paseo de la Reforma. Para la representación de esta obra se usó un solo escenario: la recámara de LUCHY, con un balcón al fondo, arco de entrada a la derecha y puertas a un vestidor y al baño por la izquierda. Además, un pasadizo detrás de la cama para facilitar las apariciones y desapariciones de la conciencia y el diablo. Muebles lujosos, una cantina y un teléfono.

PALABRAS DEL AUTOR AL PÚBLICO
EL DÍA DEL ESTRENO

Luchy Millones no es una obra en serio, es un cuento que quizá ha resultado muy estrafalario. Tal vez muchos lo consideren sin ningún fondo; pero no es fondo lo que busca. Es más bien una sonrisa irónica, seguida de un impulso loco a criticar sin consecuencias, a criticar situaciones, formas de ser y acontecimientos simples, que tal vez han pasado en la realidad, o que si no han pasado, pueden pasar.

Actúan aquí personas jóvenes y hasta niños, y muchos pensarán que es ridículo que éstos representen a personajes maduros, dada la dificultad que encontrarán al no haber vivido tales edades. Pero dense cuenta, quienes así piensen, que precisamente estamos tratando de hacer algo, representar a las personas mayores tal como nosotros las vemos. Además, no hay quien dude que la gente grande sigue siendo para sus cosas tan ingenua como un adolescente familiarizado con los asuntos ajenos.

En resumen, los protagonistas terrestres son los siguientes:

1º El líder que no anda bien (Luchy); éste puede ser loco, pero debiera andar bien.

2º La masa que a veces reacciona, pero se deja arrastrar por el líder, aunque éste siga mal camino.

3º Líderes frustrados (las criadas), que no quieren ser de la masa de los personajes de la obra. Estos ocupan un lugar de relleno y dan a entender muchas cosas del líder.

4º Nuestras pobres víctimas en su butaca que aguantan, bajo el foro, una historia que empieza y acaba como este prólogo: sin demostrar nada, ni significar nada más de lo que muestra y significa.

ACTO PRIMERO

UNA MAÑANA DE PRIMAVERA

ESCENA I

LUCHY y LULÚ

Aparece LUCHY en ropas de dormir frente a un espejo, peinándose. De pronto entra LULÚ, su nieta, con un gatito y se sienta en un sillón al lado.

LUCHY.—Y bien, ¿qué opinas?

LULÚ.—(*Emocionada.*) ¡Abuelita! En realidad más pareces tu propia hija...

LUCHY.—(*Contrariada.*) ¡Niña! ¡Pero si tu mamá se ha afeado mucho últimamente! Además, el cirujano Michel Ette es reconocido como el mejor por las artistas de cine.

LULÚ.—Tienes razón, yo más bien diría que pareces mi hermana.

LUCHY.—Eso está mejor.

LULÚ.—Parece mentira, todavía no me acostumbro a verte... ¡Supongo que no pensarás casarte de nuevo!

LUCHY.—Precisamente todo gira alrededor de casar a alguien.

LULÚ.—¿A quién, abue? ¿Quién ha caído entre tus ojos ahora?

LUCHY.—Mira, Lulú. Tú bien sabes que estás dejando de ser una niña para convertirte en señorita, y debes dar al pasado las muñecas, los juguetes y

todo lo que sea de niños. Has cumplido la hermosa edad de catorce años, eres bonita, y si dejas pasar más tiempo, te sucederá después lo de mi prima Paulette.

LULÚ.—¡Ay no! Yo soltera, ¡nunca!

LUCHY.—Deja lo soltera, que eso no es lo peor, porque aunque tú me veas abuela, yo todavía paso por casadera.

LULÚ.—Por eso te odia, ¿verdad?

LUCHY.—Una de tantas razones.

LULÚ.—Pero, abue, yo no quiero casarme todavía; quisiera seguir siendo igual y no cambiar; me gusta jugar, me gusta correr, me encanta gritar... Sin embargo, no quiero quedarme solterona.

LUCHY.—En realidad, Lulú, tú podrás hacer lo que quieras: lo mismo niña, que casada... y hasta viuda.

LULÚ.—¡Pero abue!

LUCHY.—Pues qué, ¿no lo he hecho yo?

LULÚ.—¿Y con quién podría casarme? ¿Quién podría aguantar tanto? Date cuenta que no todas tenemos tu misma suerte.

LUCHY.—¡Ay, hija mía! Tal vez no comprendas bien aún, dada tu poca edad. Pero si tú me hubieras visto a mí hace cuarenta años... ¡hubieras visto lo que es canela!

LULÚ.—Pues no entiendo qué me falta a mí que hayas tenido tú.

LUCHY.—¡No, niña! Al contrario, lo que te haría falta a ti es no tener lo que te sobra.

LULÚ.—¿Pues qué me sobra?

LUCHY.—Vives demasiado bien... Yo, a tu edad, no recibía un centavo para gastar, pero cuando gastaba, ¡gastaba!

LULÚ.—¿Y qué gastabas?

LUCHY.—¡Imaginación, hija!

LULÚ.—¿Y cómo?

LUCHY.—En aquellas antiguas y románticas épocas no había muchachas modernas hasta que surgi

yo. No había pelado, ni rico, ni catrín que no se arrastrara por el fango al verme pasar airosa en pantalón color carne ceñido al cuerpo y con mi caballo blanco a todo galope por las calles empedradas de esta ciudad..., con mi pelo dorado suelto... ¡Oh qué tiempos!...

LULÚ.—(*Irónica.*) ¡Qué tiempos!

LUCHY.—A mis catorce años pronto me casé... ¡Y qué felices fuimos!

LULÚ.—Pero, abue, vivimos en una época sin caballos, sin calles empedradas... Y en cuanto a muchachos... ¡sólo han quedado los pelados!

LUCHY.—No hay calles empedradas, pero sí autopistas; no hay muchos caballos, pero hay cadillacs, aviones y jets. En cuanto a los hombres..., ¡siempre han sido igual de menso!

LULÚ.—Además, no tengo un gran cuerpo como para usar esos pantalones...

LUCHY.—¿Crees tú que lo tenía yo?

LULÚ.—¿Y mi pelo?

LUCHY.—¿Te imaginas que en aquella época no había ya peróxidos?

LULÚ.—Así y todo, yo no podría hacerlo. ¡Yo no tengo tu tipo!...

LUCHY.—¡Desgraciadamente! Pero a falta de eso, yo te ayudaré a casarte... ¡Como he ayudado a tantas!

LULÚ.—¿Pero cómo ayudarme sin que yo sepa ni con quién?

LUCHY.—Te equivocas; tú serás la primera que sepas con quién te casas. Haremos fiesta, bailes, frecuentaremos la mejor sociedad de esta lujosa y fina colonia. (*Va a la ventana y corre las cortinas.*) Ven, acércate, sólo tienes que decirme cuál de todos los rotos de esta cuadra te simpatiza más. (LULÚ *se acerca.*) ¿Qué te parece el hijo de los Malencov, el muchacho de la residencia de la esquina?

LULÚ.—¡Es muy pesado!...

LUCHY.—Y de la casa de junto, ¿cuál de los dos hermanos te gusta más?

LULÚ.—¡Son muy pesados!

LUCHY.—Y de esta familia española de aquí enfrente, ¿cuál de los muchachos te parece más simpático?

LULÚ.—El mayor tiene ya novia.

LUCHY.—Pero si te gusta, se le hace la lucha.

LULÚ.—Él es muy pesado y los hermanos también... El papá es el más mono.

LUCHY.—(*Acomodándose el cabello.*) ¿Y qué edad tiene el señor?

LULÚ.—Ochenta y cinco años, ¿por qué?

LUCHY.—Esa polilla moriría con D.D.T.

LULÚ.—¿Eh?

LUCHY.—No, nada. ¡Pensaba!... Bueno y por fin, ¿quién te gusta?

LULÚ.—¡Son muy pesados!...

LUCHY.—Pues no puedo pensar en nadie. Los demás son casados. ¿A quién conoces entonces que no sea pesado?

LULÚ.—Hay alguien que me simpatiza.

LUCHY.—Veo que no eres tan tonta... ¿Cómo se llama? ¿Tiene dinero?

LULÚ.—No sé su nombre. Además, yo no le caigo bien.

LUCHY.—¿Cómo lo sabes? ¡Yo misma nunca llegué a saber si les caí bien a mis maridos!

LULÚ.—Es que se lo pregunté.

LUCHY.—Pero qué preguntas tan... ¿Y cómo le preguntaste?

LULÚ.—La verdad es que, siempre que pasa, acaricia a la gata. Yo creo que no me toma en cuenta.

LUCHY.—¿A qué gata? (*Mira al gatito.*) ¡Ah! A una mujer nunca se le dice eso. ¡Ya mis millones claman venganza!

LULÚ.—Si él no dice nada...

LUCHY.—¿Y qué clase de tipo es? ¿Dónde vive?

LULÚ.—Es un poeta; todas las mañanas pasa por aquí en frente y nos dice adiós a Emma y a mí.

LUCHY.—Sí, ¿eh? Pues tienes que seguirlo y averiguar dónde vive.

LULÚ.—¿Podría seguirlo en bicicleta cuando pase?

LUCHY.—No; ahorita mismo bajas y le dices al chofer que te enseña a manejar el cadillac y síguelo sin que lo note.

LULÚ.—¡Pero abue!...

LUCHY.—¡Obedece! (LULÚ *echa su gato al sillón y sale corriendo.*)

ESCENA II

LUCHY *va y toma al gatito. De pronto entra EMMA, la sirvienta, sumamente coqueta.*

EMMA.—Señora, ¿es verdad que la niña va a manejar el coche?

LUCHY.—(*Sorprendida, mira al gato y a EMMA y avienta al gato.*) ¿Qué edad tiene usted, Emma?

EMMA.—Dieciocho, señora.

LUCHY.—Mire, creo que no la necesitaré más. Desde mañana, en cuanto la liquide, a su casa con sus cosas.

EMMA.—(*Triste.*) Sí, señora, como usted mande. ¿Y qué le digo al chofer?

LUCHY.—Dígale que lleve a la niña manejando a dar una vuelta por el viaducto y regrese aquí pronto. Tiene un encargo mío.

EMMA.—¡Ay, señora!... (*Ambas cruzan una mirada.*) Sí, señora. (*Sale corriendo.*) ¡Esta vieja está más loca que una chiva!...

LUCHY.—Conque sí, ¿eh? Una debe estar muy alerta con estos detalles. ¡Ja!... (*Se pone el puño en la cintura, mirando al público.*) ¡Esta juventud tiene el gusto completamente desviado! ¡No ve en el

futuro como los padres! (*Toma el teléfono.*) ¡Bueno! ¿Agencia de trabajadoras?... Mire, habla la señora Millones. Deseo tomar una muchacha... ¿Eh?... Sí, es verdad, pero tampoco me acomodé con ésta... ¿Eh?... Probablemente esté ya empacando sus cosas... Y de una vez voy a especificar: quiero una persona madura, responsable y con talento; recatada en costumbres y vestido... En cuanto a esta otra muchacha, se le pagará su indemnización de acuerdo con el sindicato... Bueno, no es una gran urgencia. ¿Podría esta señora, de quien me habla, venir mañana?... Está bien... Así me parece bien... Muchas gracias. En cuanto al sueldo, prefiero hablar personalmente... Adiós. (*Cuelga.*)

ESCENA III

LUCHY y su prima PAULETTE, mujer seria, ya grande y mística.

PAULETTE.—(*Llamando desde dentro.*) Luz, ¿dónde estás?

LUCHY.—Aquí, querida; pasa.

PAULETTE.—¿Qué?... ¡Me ha dicho la muchacha que no está Lulú!

LUCHY.—Salió a la calle.

PAULETTE.—¿Y no te da miedo dejarla solita?

LUCHY.—Pues sí, pero fue en el coche con el chofer a un recado.

PAULETTE.—Sabes, vine a invitarla a una piñata que vamos a hacerles a los niños de la colonia.

LUCHY.—Te lo agradezco mucho, pero ya sabes cómo son las muchachitas de su edad. No creo que una piñata le llame la atención.

PAULETTE.—Ay, Luchy, ni me digas eso, que yo conozco bien a Lulú.

LUCHY.—¡Pues no te imaginas cómo ha cambia-

do!... De la semana pasada a ésta ha crecido mucho. Todas las tardes vienen muchachos a verla y hasta parece una señorita de verdad... ¡Y está preciosa! ¡Si vieras qué talento tiene!... Apenas hoy en la mañana me estuvo preguntando a qué edad era oportuno que se casara una muchacha mil novecientos cincuenta y nueve...

PAULETTE.—¡Ay! ¿Y qué le has dicho?

LUCHY.—Tú sabes cómo soy yo y cómo, gracias a mí, se han casado todas las mujeres de la familia...

PAULETTE.—¡Pero Lulú es una niña apenas! ¡Cómo puedes!...

LUCHY.—Vamos, prima, no seas envidiosa. Tú eres la única excepción de la familia y quisieras arrastrar a Lulú a la desgracia también.

PAULETTE.—¡No confundas! Son cosas muy diferentes. Además, a mi juicio, Lulú es una niña todavía.

LUCHY.—No, si niña puede ser; pero no por más tiempo, o... (*Mirando a Paulette.*)

PAULETTE.—¡Le pasará lo que a mí!... ¡Si es eso lo que quieres decir, te recordaré que tal vez soy más feliz que todas las que se han casado y siguen casándose con tu ayuda!

LUCHY.—Mira, si a ti no te casé, fue porque me convenía más a mí casarme...

PAULETTE.—Sí, siempre has aprovechado las oportunidades.

LUCHY.—Pero siempre trato de hacer justicia, ayudando después. ¡Ay, si tan sólo fueras dócil!... (*Se acerca.*)

PAULETTE.—¡A mí déjame!

LUCHY.—En realidad no eres tan horrible, ¿sabes? Con un poco de arreglo... Precisamente tengo un...

PAULETTE.—¡Pero por...! ¿Un qué, oye?

LUCHY.—Un..., bueno, nada especial. Primero tendría que saber cuál es tu tipo.

PAULETTE.—¡Si tan sólo supiera si hablas en serio!... Tú siempre buscas entretenerte con todo.

LUCHY.—De modo que eso es lo que crees tú... Y supongo que lo creerán otras también. Está visto que una de tantas razones de que se me odie es el ser de sentimientos caritativos. Eso es lo que saco por ayudar a casar a gente inepta para el matrimonio... ¡Tal parece que no hubiera cines o lugares de recreación para que tenga que buscar un goce encadenando víctimas a las torpes mujeres de la familia!

PAULETTE.—Es que en realidad...

LUCHY.—Ya no me digas nada; me has hecho sentir como si mi ayuda hiciese más mal que bien. ¡Nunca volveré a casar a ninguna de la parentela, ni ayudaré a nadie más!

PAULETTE.—Lo que tú llamas ayuda impide que tengan la libertad de escoger a su gusto.

LUCHY.—Es que hay que decidirse pronto, y a mí me dan ansias cuando veo cómo dejan las mujeres desperdiciar las oportunidades. Además, la lucha es muy reñida ahora...

PAULETTE.—¡Si lo sabré yo!

LUCHY.—Ya ves, tú misma me das la razón. No niegues que la soledad es espantosa.

PAULETTE.—Bueno...

LUCHY.—¿Entonces coincides? Tienes que ayudarme a casar a Lulú si no quieres verla en tu propio retrato.

PAULETTE.—¿Eh?

LUCHY.—¿Es que vas a echarte atrás ahora?

PAULETTE.—¡Un momento! No mal entiendas lo que he dicho. Insisto en que Lulú es una niña y no está en edad de casarse todavía. Además, eso podría orillarla pronto al divorcio.

LUCHY.—¡Bueno, y qué! ¿No es preferible eso a marchitarse sola? ¿No te has fijado en las artistas

cómo se divorcian y al día siguiente lucen felices y radiantes como solteras?

PAULETTE.—Pero su vida no es lo que lucen, sino lo que sienten.

LUCHY.—Tú luces peor y sientes peor, ya que hay cosas que te gustaría hacer y sabes que nunca harás. Por otra parte, a nadie le importa lo que sienten.

PAULETTE.—Aun así, por lo menos tengo mi alma limpia.

LUCHY.—Pero inquieta, porque sigues siendo al fin como Lulú, otra quinceañera.

PAULETTE.—Pero tengo una seguridad que tú no tienes.

LUCHY.—¿Una qué?

PAULETTE.—Una certidumbre, una confianza, una alegría que me dice que he hecho bien.

LUCHY.—Algo que yo llamaría la plena vejez, con su monotonía rutinaria. ¿Cuándo has de aprender que yo soy de espíritu alegre y que anhele la variación? ¡Para mí, el descanso es la muerte!

PAULETTE.—Es que el remordimiento que hay en tu conciencia te martiriza y tú te ves obligada a huir de él, simulando alegría.

LUCHY.—¡Eso no es cierto! Yo no temo a mi conciencia, ya que es quien me aconseja siempre. Cuando ella me pida descanso, buscaré un ataúd y toda vestida de blanco esperaré tranquila a la muerte y al diablo.

PAULETTE.—(*Persignándose.*) ¡Ave María Purísima!

LUCHY.—(*Riendo.*) Ya ves, a ti es a quien asusta la muerte. ¿Te imaginas que además de no haberte divertido en este mundo, te fueras luego al infierno?

PAULETTE.—¡Ay, ni Dios lo permita!

LUCHY.—¿Te has convencido de que tengo razón?

PAULETTE.—¡Cállate, por favor, que me asustas!

LUCHY.—Qué, ¿te horroriza ir al infierno? Pues,

sabes, a mí no. Conocería más mundo, grandes personajes, reyes, emperadores, Casanovas... (*Lanza un suspiro.*) ¡Hasta viejos rabo verde! (*Paulette la contempla cada vez con mayor asombro.*) En cambio el cielo... ¡ay!..., abarrotado de niños buenos, mujeres ingenuas y tontas, todos los modistos franceses y filósofos de todas épocas... ¡Ay!..., no! ¡Qué aburrición!

PAULETTE.—¿Pero cómo puedes decir eso? ¡No sé cómo te atreves!... Está visto que tú no podrás dejar de ser materialista ni en el juicio final. El cielo (*Mirando hacia arriba.*) debe ser un lugar que ni siquiera habrá pasado por tu mente... ¡Debe ser algo tan sublime!...

LUCHY.—¡Ay, pero el infierno debe de ser de ambiente! Imagínate: todos los escuintles malillas trompeándose entre las llamaradas; Cleopatra y Nerón del brazo; los Borgia cenando en un restaurant de lujo, y la Mesalina y Friné, de vedettes entre las vaporizaciones de azufre; Elvis Preasley encantando con el ritmo de rock and roll..., y las boas y dragones danzando macabramente con los demonios... Yo haría migas con la Médicis, con Isabel de Inglaterra y con Elena de Troya; haríamos la sede del chisme en el corazón del infierno, y hasta el mismo Lucifer asistiría a las tertulias con chocolate a la mexicana que prepararíamos al calor de las flamas, bajo la luz de la luna teñida de rojo... Acabaríamos en orgías romanas, tomaríamos baños turcos de vapor o nadaríamos en piscinas de lava formadas con ácidos entre las rocas pedregosas y el salitre del infierno...

PAULETTE.—¡Pero qué monstruosidades dices!...

LUCHY.—¿Cómo te puedes asustar de cosas tan novedosas y atractivas? Tú misma, cuando estuvieras en el cielo y vieras la pachangota que había abajo, bajarías con todas las de tu tipo al centro del ambiente.

PAULETTE.—Ay, yo creo que lo mejor es que me vaya, pues estando aquí no saco más que disgustos. Además, tengo que ir al panteón. (*Toma su bolso.*)

LUCHY.—Ya ves, esa es tu vida: de tu casa al panteón, luego de visita, a tu casa de nuevo..., otra vez al panteón. Bueno, ¡no te me vayas a quedar allí!

PAULETTE.—¡Ay, ni lo mande Dios! Voy a ir a confesarme y no me olvidaré de rezar por ti.

LUCHY.—Eso sí, aunque no creo que lo hagas de buena fe.

PAULETTE.—Adiós, y no se te olvide decir a Lulú de la fiesta, y dile también que es a beneficio de la iglesia.

LUCHY.—¿Por qué mejor no hacen un baile? Caray, así podríamos llevar cantidad de muchachos.

PAULETTE.—Está visto que contigo es imposible hablar de nada serio.

LUCHY.—Adiós, entonces, y recapacita sobre lo que te he dicho; verás si tengo razón. (*PAULETTE sale.*) ¡Ay, que Paulette! Va a pasar a mejor vida sin ni siquiera darse cuenta de cómo fue ésta. Mi deber es ayudarla. (*Sigue arreglándose.*)

ESCENA IV

LUCHY, luego vuelve PAULETTE y LULÚ después. Suenan unos frenos de coche y un estallido horrible.

LUCHY.—(*Se asoma a la ventana.*) ¡Mi Cadillac... (*Abajo se oyen claxons y bullicio. LUCHY llama a grito pelón.*) Lulú, ¿qué ha pasado?... ¿Qué, qué?...

PAULETTE.—(*Después de unos instantes se oye que viene apresuradamente.*) ¡Ay, Luchy! ¡Qué susto, por poco me matan!... (*Tropezó con un sillón y cae*

sobre éste, casi sin aliento.) ¿Cómo es posible que el Departamento de Tránsito permita que manejen así?

LUCHY.—¡Ay, esta Lulú!... Menos mal que el coche está asegurado... ¿Pero quién habrá mandado poner árboles en el Paseo de la Reforma? ¡Qué mal gusto y qué poca estética!

PAULETTE.—(*Excitada.*) ¡Qué susto tan horrible! ¡Ay, Luchy!

LUCHY.—¿Pero cómo se te ocurre cruzar la avenida más grande de México como una loca?

PAULETTE.—¡Si no he sido yo! Apenas bajaba el pie de la banqueta, cuando en sentido contrario, sin que lo viera yo, se me abalanzó un coche negro a toda velocidad... ¡no sé cómo pude salvarme!

LUCHY.—No cabe duda que el miedo hace volar hasta a las vacas.

LULÚ.—(*Herida, en pantalones color carne rotos y con el pelo dorado suelto.*) ¡Abue!...

PAULETTE.—¡Lulú! (*Mira asombrada a LUCHY.*) ¡Seguro que ese modo de vestir es consejo tuyo!...

LUCHY.—¡Huy!... ¿Qué podemos hacer los viejos para que nuestros descendientes no hereden nuestras mañas?

PAULETTE.—¡Corregirlos!

LULÚ.—Abue, ¿qué hago? Me esperan dos policías abajo.

PAULETTE.—¿Qué?

LUCHY.—¡Cómo! Nada, no salgas; que se lleven al chofer, él tiene la responsabilidad. ¿Pues qué venía haciendo que te ha dejado sola manejando?

PAULETTE.—(*Asombrada.*) ¡Pero es posible!...

LULÚ.—¡Ay, abue, si el pobre venía acostado en el asiento de atrás!

LUCHY.—¡Bien pudo haberte dicho dónde está el freno!

LULÚ.—Si me lo dijo, pero como estoy acostum-